



Apenas D. Miguel el buen párroco de Nogales entraba en aquella clara habitación que servíale de despacho, comedor y oratorio, cumplidos ya sus deberes parroquiales, decir misa cotidianamente en presencia de media docena de viejas, cuando el ama tía Raimunda entraba regañando malhumorada y respondoña con el desayuno para el cura. Dejaba la taza con filetes amarillos sobre la arcáica mesa de roble y comenzaba a despotricar.

—El zángano de Román, el muy vaina dice que no puede traerle a usted los dineros del huerto hasta el mes que viene; será hipócrita... ¡El tramoso!.. ¡el humilde!.. Hasta me hechó en cara... por supuesto, se rien de usted que no es capaz de decir esta boca es mía... ¡Si yo estuviera en su pellejo!

El sacerdote callaba como si nada oyera.

—Usted tiene la culpa de que cada uno haga lo que quiera porque es usted un badanas. Luego con llegar muy humildes: «Señor cura, miste, los tiempos vienen malos.» Todo arreglado. ¡Valientes lagartos!

Era la primera obligación de la vieja ama del sacerdote, era la salutación matinal que hacía cuando servía el hirviente chocolate. Insultar a todos los deudores de D. Miguel, a esos sencillos y honrados campesinos a los que la generosidad del cura sacaba de algún atolladero económico dentro de lo que alcanzaban sus pocas fuerzas, en su afán caritativo y noble de ayudar al prójimo; la tía Raimunda salía de la habitación echando y derribando como si a ella le fuera directamente, para no molestar mas en toda la mañana al sencillo ministro de Cristo en Nogales.

Don Miguel—un cura bondadoso, un anciano noble con cara simpática y cabello nevado—desayunaba pacíficamente y leía la prensa católica o algún libro de rezos o sermones. Cuando hacía buen tiempo salía al huertecillo que tenía en su misma casa, y allí pasaba humildemente su vida, una vida tranquila, pacífica y feliz, de hombre sencillo que hacía de su hogar, su iglesia y su huerto, un edén donde transcurrían los días con una monótona serenidad llena de paz y dulce sosiego, apartado del mundo, de sus pasiones y de sus ruindades.

Mas aquel día D. Miguel tuvo una visita; una extraña visita que habíale dejado pensativo.

A media mañana llegó Mauricio: Un campesino trabajador incansable y con limpia historia de honradez en él y en sus mayores. Mauricio era un hombre joven y robusto, con el sello de la salud y la lozanía en el rostro, y la nobleza retratada en unos ojos serenos y azules de firme mirada. Alto, corpulento y bien plantado, cuya figura aunque tosca no estaba exenta de arrogancia. Vestía el traje de los campesinos en Nogales y en su rostro había ahora las huellas bien visibles del sufrimiento y la lucha sorda, tenaz, rebelde, allá en las profundidades de aquel alma buena que herida con llagas quizá demasiado hondas llegaban en busca de consuelo.

—Estoy desesperado D. Miguel—habló el cuitado—lo que a mí me ocurre rompiéndome hasta el alma es una cosa tan grande, un martirio tan atroz...

—Cuentame Mauricio, yo sabré consolarte; la vida es una constante expiación de nuestros pecados, y al nacer ya es con el estigma del sufrimiento en nuestras frentes. Es una prueba que Dios nos hace antes de recibirnos en su seno... hay que llevarla con paciencia y hasta con amor...

—¡Rosalia!.. Dios mio... usted que nos echó las bendiciones no hará siquiera un par de años, sabe que yo la quería, la quería si, con toda mi alma... ¿Ella para mí?

mas que la mismísima Virgen del Amparo que hay en la iglesia, el sol que nos alumbraba, la pobreza de mi vida, mi encanto mi felicidad... ¡No tiene sentimientos ni corazón!

Su rostro abatido se nublaba de pesar; en su mirada había una nota cruel de desencanto que lo hacía infinitamente triste.

—Cuenta hombre cuenta—inquirió el anciano compasivo.

—Nada. No tiene corazón, es mala... Se ha marchado, ha desaparecido de mi casa y del pueblo, se ha ido ¡no sé donde!

—¿Como? Rosalia...—El sacerdote estupefacto abrió mucho los ojos lleno de asombro. Su blanca cabeza inició un movimiento de sorpresa dejando caer los brazos con pena en el antiguo sillón con respaldo de cuero.

—¿No comprendía que me mataba? ¿No pensaría lo horrible que era eso que iba a hacer sabiendo el cariño que le tenía?

—Si es triste el caso Mauricio, mas confía en Dios pues no dá dolores a las almas buenas. Ella no es mala, no, es una pobrecilla que no se ha dado cuenta de lo que ha hecho; ya vendrá arrepentida, y entonces... una dura lección, mientras tanto paciencia, resignación cristiana, confía en Dios.

El cuerpo ciclópeo del labrador temblaba de emoción, una emoción sincera, honda, que turbaba su voz y velaba de lagrimas sus ojos los cuales tímidamente avergonzados, se humillaban. Había en él tal sentimiento, tal dolor indescriptible, tal desesperada angustia, que era Mauricio un desvalido que odiando a su inutilidad maldecía de sí mismo y de las fuerzas de sus puños que no le servían para nada, de esos puños curtidos por el trabajo capaces de desmenuzar a un león y de acariciar dulcemente con todas las ternuras de su alma ruda.

\*\*\*

¿Se había enamorado Rosalia? Era esto algo difícil de contestar ¡Es a veces tan insondable el alma femenina!

¿Era esta una de estas palomas incultas que caen fascinadas en las garras del gavilán, mariposas que buscan la luz para quemarse, cabezas atrevidamente fantaseadoras, llenas de locas quimeras, de lujo, de mundo, de algo ignoto que las trastorna?

No. Era una pobre engañada por las promesas falsas de un mozo mundano, una desdichada que ciega ante todo lo que la rodeaba, un poco engreida de su belleza, olvidó algo sagrado y fué arrastrada hacia el mundo, admirada de la audacia del galán y aturdida ante el reproche de su conciencia. Lo que era dura recriminación de su interior ella creyólo emoción, lo que ella imaginó amor, categórico imperativo, inexorable fuerza del corazón, no fué otra cosa que curiosidad un poco inocente de mujer ingénua, la maldita curiosidad femenina que no retrocede hasta que vé el mal ya irremediable.

Y cayó en el pecado, y se encenagó en el lujo mundano y crapuloso, y lloró tarde su flaqueza, resignada a seguir el camino inesperado que el Destino le mostraba.

Rosalía era bella y gentil. Su rostro oval, admirable, era bello, tan bello como lo era su cuerpo y como toda ella en conjunto; de estatura mediana, era esbelta y garbosa con ritmo y gracia en los movimientos. El pelo negrísimo y ondulado, que a veces caía por sus hombros desbordado en catarata endrina. Los ojos grandes y negros, ojos misteriosos, ojos que tenían el secreto influjo de la fascinación; la boca húmeda, roja y sensual era un